

Un cuadro cotidiano...

Alberto Oriza

Junio 15, de 2020

—“Trabajo, busco trabajo con mucho trabajo, pues no hay trabajo”.

Esta frase surgió de entre el tumulto de gente en una plaza como muchas otras a lo largo del país, de una de las mil gargantas que ante el aparente freno de una camioneta se apuran en tomar el primer lugar en la vista del conductor, pues saben que con suerte sacan un día de trabajo.



Los contratistas, como si fuera ganado, bajan prepotentes, con un aire de superioridad de saber que el poder de un jornal en la vida de estos hombres, le da un pedestal de importancia que lo hace casi divino.

Todos esperan en silencio se pronuncie, con la esperanza de ser ellos los que cumplan con la necesidad de mano de obra a destajo. Los sucios y gastados zapatos, se aproximan tímidamente, chocando las polvorientas bolsas, mochilas y morrales, que cargan sus preciosas herramientas, gastadas, sucias y oxidadas, son la fuente del sustento de los cientos de bocas que esperanzadas esperan sean hoy bendecidos con sustento.

Pequeños grupos compactos, tratan de fundirse en un solo hombre, buscando la fuerza y destreza de los más hábiles, sirva de vehículo a los mas jóvenes, que quien sabe si ya alcanzaron su mayoría de edad. La mezcla de fisonomías, mayas, itzales, chamulas, u otras indeterminadas, no permiten que los jóvenes demuestren mayor o menor

virilidad, sus rostros carentes de bello, lo mismo tiene 25 años que 16, y dado que su talla es prácticamente la misma desde la adolescencia, no se puede siquiera estar seguro.

Lo mismo hondureños, guatemaltecos, chiapanecos, oaxaqueños o chilangos se atropellan en la esperanza de hoy después de 60 días por fin llevar un centavo a sus casas.



Muchos han logrado conseguir trabajo toda la etapa de confinamiento, a medio pago y con la exigencia de trabajar siete días a la semana, pero no han dejado de trabajar, y por tanto de tener al menos para un poco de arroz, frijol y tortilla, con lo que su escondida familia logre salvar

esta restricción laboral.

—Hoy necesito un oficial, tres albañiles, y cinco cargadores fuertes, también un plomero y ayudante y tres eléctricos.

Los pocos oficiales se hacen un paso al frente, muchos eran contratistas, que, con la dureza de esta economía, tuvieron que dejar ir a sus hombres, pues por más que estiraron los ahorros de todo el año, no lograban ni completar para sus propias casas. Acabo la cofradía que culminaba la semana el sábado en sabrosas y alegres cahuamas en la puerta de la casa, frecuentemente acompañada de un pescado asado.



De nada sirven los mas de cuarenta años de servicios a construir esos sagrados palacios que visitan personas de miles de kilómetros de distancia, que, con sudor, lágrimas y más de una vez con sangre tornaron terrenos pedregosos en delicados y aclamados éxitos arquitectónicos, que un catrín suma en su folio de presentación. No, no existe antigüedad en esta profesión, solo amigos volátiles, que comparten las penas de la obra, ya sea cargando ladrillo a sol en pleno, que guareciendo con cartones guarece al que hace la soldadura en medio del diluvio.

Haber sido la salvación de empresas completas, que, por dispendio y falta de control, los comía la fecha de entrega, y recurrían a estos magos del concreto y la viga, logrando proezas faraónicas en jornadas de 24/7 para cumplir con “El Ingeniero”.

Una botella al final de la titánica labor para lograr el plazo casi vencido, a veces una comida, y las menos una propina y una supuesta alianza de por vida con los empresarios de la construcción, que solo recordaran su proeza cuando vuelvan a caer en la fecha de término.

— El joven del frente... tu el de la gorra... ese de verde... no tu no, me quedaste mal la otra vez... mejor que se venga el chaparrito...

En tono de gran señor, y sin permitir replica se rescatan unas cuantas almas del mar de penitentes que, con un nudo en el estómago, recuerdan lo que era desayunar.

Con la camioneta llena de el ganado humano, casi chocando el casis con las llantas, el vehículo arranca en acelerado viaje, en pos de aventajar lo posible con la obra.

El joven residente, al volante, trata de apurar la labor, sabe que están atrasados y con lo menguante de los pagos de los dueños de la empresa, ha



tenido que disminuir los costos lo mas posible, por eso el riesgo de meter trabajadores a destajo. El ahorro en el seguro es algo que agradecen los dueños de la constructora.

En la obra, lo que antes eran tres residentes y cinco capataces, se ha reducido a un residente y un capataz. No es tiempo de quejarse, dan gracias de que ellos aun tienen trabajo, sin importar la antigüedad, la empresa tuvo que renunciar a los mas costosos para con lo guardado poder mantenerse a flote. La falta de extensión de pago de impuestos, significo reducir el personal a menos de la mitad.



Los materiales, son notoriamente de menor calidad, y solo llegan para el trabajo del día, pero al residente le exigen que entregue por adelantado lo que debía tomar otra semana.

Estos castillos recubiertos de esperanza, ahora son soporte exiguo de una cadena de dependientes de que la obra se mantenga. Nadie garantiza que el pago esperado de la estimación logre ser cubierto en tiempo, pues el mismo dueño de la obra, ha tenido que redirigir su presupuesto a lugares menos riesgosos de invertir. Si no es por un contrato vigente, al que han buscado por cualquier medio romperlo, la obra se hubiera quedado en fantasmagóricos retazos de hotel.

Estirar los centavos, ya no es una cuestión de tacañería, es una necesidad para mantener la vida de esta nueva realidad.



Quien pensaría que la falta de bikinis por un descuido infectado a el otro lado del mundo, creara hoy que los que

tienen hijos y contaban con la posibilidad, fueran enviados a los pueblos, como en economía de guerra, donde siempre se puede matar una gallina para aguantar un poco.

La clásica vendimia de gorditas y fritangas con que las mujeres se apoyaban de cotidiano, se han cerrado, pues no hay dinero ni para ese lujo.



La falta de dinero, solo fue aliviada por la ausencia de bebida, que de alguna manera menguo los muchos casos de violencia familiar, que en un silencioso cáncer llenan miles de casas en resguardo sanitario.

Ya el riesgo de una infección no compite con el nudo

en el estomago de toda una ciudad, la rapiña y hasta la venta de metal, han caído, por la poca ventaja que da el hacer la venta aun del cobre, que ante la sobreoferta ha caído su precio a mas de la mitad para la compra.

Que cínico se ve el anuncio de esperanza de creación de empleos de empresas que nunca han laborado en la región, con presupuestos imaginarios, pues nunca llegaron a realizarse cuando se requerían materiales hospitalarios, ¿cómo creer que llegaran esos recursos a una obra sin sentido?



Dando más de las 8:30 A.M. la plaza se va desocupando, los obreros vieron perdido otro día, si a las ocho de la mañana no están ya en un vehículo rumbo a alguna obra de ubicación desconocida, no tendrán labor ese día.

Los más previsores, sacaran su cartón gastado y mal escrito, para ponerse con la espalda contra una banca en espera de que algún no planeado cliente vea su mercadotecnia mejor que la del vecino, para ir a hacer un arreglo casero, que siempre les será regateado.

Algunos desplazan sus pasos a los cruceros que las mafias de pedinches les permiten mendigar, muchos a varios kilómetros, para obtener unas monedas, otros más



optimistas, pasan por las entrecalles

ofreciendo sus labores para limpiar jardines. Los mas previsores, usan sus gastados teléfonos en tratar de rescatar el cliente que un día le hicieron un trabajo por recomendación, y los más, regresan

arrastrando los pasos por las calles, escondiéndose del picante sol que atenta con rostizarlos, buscando una llave para saciar, aunque sea con agua el hambre que no cesa.

Con el ánimo retorcido, pues al arribar a su hogar, no faltara quien le diga que no ahí para tortillas, que la leche del niño ya se acabo o que la tarea se tiene que mandar y el internet de la esquina ya no les da crédito.

¿Cómo conseguir trabajo, cuando no hay trabajo?

Cancún, 14 de junio 2020